

# **El Ecumenismo y la Biblia**

## **Por José Grau**

**Prologo**

**Introducción**

**La doctrina bíblica fundamental**

**La unidad esencial de la Iglesia**

**La expresión temporal de la unidad de la Iglesia**

**La tensión escatológica de la unidad de la Iglesia**

**¿Hacia dónde va el ecumenismo?**

**Apéndices:**

**Reflexión ecuménica aquí y ahora**

**Fundamentos doctrinales de la "Asociación Evangélica Mundial" y la "Alianza Evangélica Española"**

### **I**

#### **LA DOCTRINA BIBLICA FUNDAMENTAL**

##### **¿POR QUIENES ORO CRISTO?**

1. Por los creyentes solamente.
2. Por los creyentes en la palabra apostólica.

##### **¿POR QUE CLASE DE UNION ORO CRISTO?**

1. Una unidad con (y en) el Padre y el Hijo.
2. Una unidad en el Espíritu.

Un texto de obligada referencia en toda discusión sobre ecumenismo es el que hallamos en Juan 17:21 («Que todos sean uno...»). Por desgracia, rara vez se cita este texto interpretado a la luz de su contexto inmediato ni del contexto más amplio de todo el Evangelio de Juan. Los entusiastas campeones de la unión de las Iglesias airean este pasaje como si en el mismo hallasen un mandamiento absoluto de Cristo en el sentido de que el Señor ordenara que las varias y diferentes estructuras eclesíásticas existentes en la actualidad debieran unirse inmediatamente.

##### **¿Qué enseña, no obstante, este pasaje?**

El capítulo 17 de Juan nos enseña, claramente, a favor de quiénes oró Cristo al Padre y cuál era la naturaleza de la unidad que El deseaba para los suyos.

## **¿POR QUIENES ORO CRISTO?**

### **1. Por los creyentes solamente.**

«No ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos sopo; y “Yo voy a Ti, Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros» (Juan 17:9, 11). ¿Quiénes son éstos que el Padre ha dado al Hijo? Cristo mismo nos lo aclara en los versículos 6-8: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran y me los diste, y han guardado tu Palabra..., porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo... »

La oración que Jesucristo eleva al Padre en favor de la unión de sus discípulos nos indica, al mismo tiempo, sin lugar a dudas, quiénes son realmente sus discípulos: los que recibieron su Palabra, los que la guardaron y los que han creído y han llegado a un conocimiento verdadero de Cristo por su Palabra. Por éstos intercedió el Salvador. Por nadie más que éstos. Comentando este punto, el Dr. Martyn Lloyd Jones ha escrito:

«Se trata de personas que han sido tomadas del mundo, separadas de él; y es por ellas, por ellas solamente, que Cristo ruega. No hallamos "universalismo" de ninguna clase en este capítulo... Por el contrario, hay una división tajante y una distinción muy neta entre los que permanecen en el "mundo" y los que Cristo llama del mundo» (Dr. Martyn Lloyd-Jones, *The Basis of Christian Unity*, p. 10).

Si aquellos, pues, por los cuales Jesucristo intercedió para que fueran uno son los que verdaderamente han conocido al Salvador, entonces la unión de los cristianos debe ser una unidad de naturaleza soteriológica.

Pero hay más: Cristo no oró simplemente por los creyentes, sino más concretamente

### **2. Por los creyentes en la palabra apostólica.**

«Como Tú me enviaste al mundo, así Yo los he enviado al mundo. . . ; mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste» (Juan 17:18, 20, 21). La intercesión de Cristo fue hecha en favor de dos grupos de personas: 1.º, “por éstos», es decir: por la Iglesia Apostólica, por aquellos que escucharon estas palabras de sus mismos labios; la Iglesia que recibió la Palabra de Cristo y la guardó (vers. 6 y 8); y 2.º, no rogó “solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos» (v. 20); es decir: por todas las generaciones sucesivas de cristianos, “la Iglesia posapostólica que cree por causa de la palabra de los apóstoles..., ya que el apóstol, él mismo, debe continuar cumpliendo su función en la Iglesia de hoy (como en la Iglesia de todos los tiempos); pero en la Iglesia, no por la Iglesia, sino por su palabra (por la palabra de ellos: los apóstoles) (Juan 17:20), o, dicho de otra manera, por sus escritos» (Oscar Cullmann, *La Tradition*, pp. 33 y ss.; José Grau, *El fundamento apostólico*), es decir: los escritos del Nuevo Testamento, los escritos bíblicos.

Los primeros discípulos creyeron en Cristo porque creyeron en su Palabra; desde entonces, otros creemos en el mismo Cristo porque hemos recibido la misma Palabra Divina que la Iglesia Apostólica guardó en el registro inspirado del Nuevo Testamento. Si, pues, la oración de Cristo fue hecha en favor solamente de quienes recibieron sus palabras (v. 8) y de los que creyeron en el testimonio que éstos dieron de tales palabras divinas (v. 20), se deduce de todo ello que la unión de los cristianos debe ser una unidad bíblica, es decir: edificada sobre el fundamento de los profetas y apóstoles (Efesios 2:20).

### **Como escribe Lloyd-Jones (op. cit., p. 11)**

«Los sujetos de la unidad por la cual ruega nuestro Señor no son los que por mero azar han nacido en determinado país, o pertenecen a una raza o casta especial, como tampoco aquellos que simplemente son miembros de una iglesia visible determinada. No, son aquellos que reciben la Palabra de Cristo, su enseñanza, y muy particularmente su enseñanza con respecto a El mismo. Saben quién es Cristo, que ha sido enviado por el Padre, y que fue enviado para hacer la gran obra de su salvación. Estos han creído y han recibido la Palabra. He ahí la definición que el mismo Cristo hizo de su propio pueblo. En otras palabras, la unidad por la cual ruega tiene que ver solamente con aquellos que reciben y creen en su Palabra, el mensaje de su Evangelio.»

El Señor, pues, oró de manera definida por los creyentes solamente. Y estos creyentes no son otros que los creyentes bíblicos.

Nada se nos dice en este pasaje de «la unión de todos los bautizados», o de «todos los que llevan el nombre de cristianos». Cristo no imploró la unidad de estos millones de seres humanos que tienen sus nombres escritos en los registros de las iglesias, pero que nunca sienten la necesidad de escuchar la Palabra de Dios; esos millones que se hallan en completa ignorancia del Evangelio, aunque escriban en sus documentos que la religión que profesan es la cristiana. Esos que no han leído jamás un solo capítulo de la Biblia y que tienen a Cristo por «un gran hombre» solamente, o lo usan en su superstición como un «fetiche» más. No, el Señor no incluyó a éstos en su plegaria por la unión de los cristianos. Simplemente, porque desde una perspectiva bíblica, éstos no son cristianos. La oración que Cristo hizo en favor de tales personas es más bien la de su agonía redentora: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

¿Pretendemos excluir por sectarismo, por estrechez de miras? Todo lo contrario. El énfasis en la separación y la distinción nos viene dado por Jesús mismo. Y es por fidelidad a El que debemos comprender claramente quiénes son estas personas a las cuales Dios desea ver unidas. Además, nos mueve a ello el amor al mundo (Juan 3:16), el amor a cuantos fían vanamente en falsas esperanzas, para que, comprendiendo cuál es su verdadera posición frente a Cristo y su Palabra, se sientan llamados y respondan con fe viva a la vocación sublime que les insta a convertirse y a entrar, así, a formar parte del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia.

... si es que habéis gustado la benignidad del Señor. Acercándoos a El, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer

sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1.8 Pedro 2:3-5). En favor de éstos fue elevada la súplica de Cristo.

Preguntémonos ahora:

## **¿POR QUE CLASE DE UNION ORO CRISTO?**

¿Cuál es la naturaleza de la unidad por la cual intercedió el Salvador?

### **1. Una unidad con (y en) el Padre y el Hijo.**

En cada uno de los textos de Juan 17 en los que Jesús implora al Padre la unidad de sus discípulos, explica dicha unión comparándola con la que existe entre El y su Padre:

«... para que sean uno, así como nosotros» (v. 11); «para que todos sean uno; como Tú, oh Padre, en Mí y Yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros...» (v. 21); «para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad...» (vers. 22, 23).

Si deseamos, pues, saber qué clase de unidad desea Cristo para los suyos, hemos de considerar primero la naturaleza de la unión existente entre el Padre y el Hijo. Sin duda, tenemos aquí una referencia implícita a Juan 10:30: «Yo y el Padre uno somos.» Como ya señalaron en su día Tertuliano y, sobre todo, Atanasio, la interpretación de Juan 17:11 y 21-23 se halla condicionada a la interpretación que demos a Juan 10:30.

La Iglesia antigua discernió en las palabras del Señor Jesucristo: «Yo y el Padre uno somos», la clave del secreto que abrió para ella las insondables profundidades de la relación entre el Padre y el Hijo. Juntamente con Juan 1:1-3, 14, y muchos otros textos, confesó la distinción entre el Padre y el Hijo que los sabelianos negaban y afirmó, asimismo, la unidad del Padre y el Hijo que los arrianos rechazaban. La unidad del Padre y el Hijo es una unidad en la cual se dan distinciones «personales» o «hipostáticas», para usar el término teológico clásico. Esta es la clase de unidad que Cristo mismo presenta como modelo para la unión que debe haber entre sus discípulos.

Por lo tanto, si queremos usar Juan 17:21 para nuestra reflexión sobre la unión de los cristianos y la unidad de la Iglesia, no podemos olvidar que se trata de una clase de unión en la que existen distinciones y permite una pluralidad en la unidad.

El que fue arzobispo de Canterbury, William Temple, y uno de los principales dirigentes del movimiento ecuménico, escribió:

«El camino que conduce a la unión de la Cristiandad no se encuentra en las reuniones de comités, aunque hay una tarea de formulaciones que hacer. Dicho camino se halla por medio de la unión personal con el Señor, una unión tan profunda y real, comparable solamente con la que existe entre El y el Padre. Porque la oración no pide, directamente, que los creyentes sean "uno" en el Padre y el Hijo. La oración ruega que "sean uno en nosotros". No es la unidad entre

nosotros, como a tal, la que tiene poder redentor; sino nuestra incorporación a la "Vid verdadera" en calidad de sarmientos a través de los cuales fluye la vida divina» (W. Temple, Readings in St. John's Gospel, p. 327).

O, como enseña el excelente exegeta contemporánea, William Hendriksen:

«La unidad por la cual Jesús ruega no es meramente externa. Sus palabras nos advierten para que no caigamos en este error tan común. Cristo pide que la unión de todos los creyentes sea parecida a la que existe eternamente entre el Padre y el Hijo. En ambos casos se trata de una unidad cuya naturaleza es definitivamente espiritual. Desde luego, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno en esencia; en tanto que los creyentes son uno en mente, esfuerzo y propósito... (Juan 17:22, 23). No obstante, hay más que una simple comparación entre la unidad de todos los hijos de Dios, por un lado, y la unidad de las personas divinas de la Trinidad Santa, por el otro. Esta no es meramente el modelo; más bien es el fundamento de aquélla, pues la hace posible. Solamente los que han nacido de lo alto (Juan 1:12, 13), y están en el Padre y en el Hijo, son asimismo espiritualmente uno. Estos son los que ofrecen oposición unida frente al mundo... Cuando los creyentes viven en Cristo (v. 21), entonces Cristo vive también en ellos. Esta es su gloria. Al decir: «la gloria que me diste», se refiere al hecho de que el Padre se manifestó a Sí mismo en el Hijo ("Tú, oh Padre, en Mí", v. 21. Y al exclamar: "la gloria que me diste, Yo les he dado", significa que Jesús se manifiesta por medio de la vida de sus discípulos. Ya que los creyentes son hechos partícipes de Cristo, y en tanto que tales, de la misma naturaleza divina (cf. I Juan 3:2; II Corintios 3:18; Hebreos 12:10; 2.ª Pedro 1:3). La gloria que Jesús da a los suyos significa que éstos se han convertido en uno con El... Cuando el Padre mora en el Hijo, y el Hijo -por su Espíritu- permanece en aquellos que han puesto su esperanza en El, entonces estos creyentes son hechos partícipes de todas las riquezas que se hallan en Cristo: perdón, justificación, amor, gozo, conocimiento, sabiduría, etc. Y cuando todos los miembros de la Iglesia Universal participen de estas bendiciones, la Iglesia será una, exactamente como el Padre y el Hijo son uno... La unidad por la cual suplica al Padre es más que una simple conformidad ética. Se trata de una unión tan íntima, tan vital, tan personal, que debe ser no sólo comparada, sino fundada, en las relaciones que existen entre las personas de la Santa Trinidad; no es solamente una unidad de fe, esperanza y amor, sino de vida misma. Juntos, los creyentes constituyen un Cuerpo del cual Cristo ha sido exaltado como Cabeza orgánica y soberana (Efesios 1:22, 23; 4:4-6). La Iglesia, así unida por la Palabra y el Espíritu, ejerce una poderosa influencia en el mundo» (W. Hendriksen, A Commentary on the Gospel of John, pp. 364-66).

Por consiguiente, se trata de

## **2. Una unidad en el Espíritu.**

Por cuanto si los miembros del Cuerpo de Cristo, con toda su diversidad (Romanos 12:4, 5; 1.ª Corintios 12:4-31; Efesios 4:4-16). Son los «nacidos del Espíritu», entonces, sin contradicción, la unidad de dicho Cuerpo es una unidad en el Espíritu. No existe verdadera unión si no es la que obra el Espíritu de Dios, el cual crea, en aquellos que han creído en la verdad, la nueva naturaleza, «la nueva creación»:

«Nuestro Señor trata aquí de la unión mística que existe entre las tres Personas de la Trinidad. Nos encontramos ante el más alto de los misterios de la fe cristiana. Y, sin embargo, éste es el texto, éstos son los versículos que se airean en muchos círculos como si su sentido obvio, natural y simple, fuera únicamente éste: que Jesús ora por una unidad organizacional y externa. Pero todo en este pasaje indica exactamente lo contrario. Trata de la unidad de esencia. Y ahí radica todo el misterio de la Trinidad. Hay tres Personas y, sin embargo, un solo Dios. Pero lo que las hace uno es la unidad de esencia. No podemos dejar de considerar esta gran verdad... Deducimos, por consiguiente, que la unidad que debe perseguir la Iglesia es algo que implica esta unidad de esencia, de ser. Desde luego, esto es otra manera de decir lo que ya el Nuevo Testamento nos ha enseñado tan claramente: que el cristiano es el hombre "nacido de nuevo", "nacido del Espíritu", "participante de la naturaleza divina". Todo se halla implicado. El tema es difícil y tenemos que andar con cuidado. Jamás podremos enseñar, por ejemplo, que el cristiano es hecho un ser divino. No, sino que la frase bíblica empleada por Pedro afirma que llegamos a ser "participantes de la naturaleza divina" (II Pedro 1:4)» (Martyn Lloyd-Jones, op. cit., pp. 13, 14).

Esta es la clase de unidad por la cual Cristo rogó al Padre.

### **¿Es ésta la naturaleza de la unidad que persiguen ciertos ecumenismos de moda?**

Un estudio sereno de Juan 17 y de las cartas de Pablo nos revela la unidad querida por Dios para su pueblo y que es, fundamentalmente, una unión orgánica, vital, en la cual los miembros no pierden su identidad y su diferenciación, al propio tiempo que se hallan inter-relacionados y participando todos ellos de la vida de Cristo y del Padre por el poder del Espíritu Santo.

Fue esta idea bíblica la que hizo posible hablar de una Iglesia Católica (Universal) en la era de los Padres, cuando cada Iglesia era autónoma y, sin embargo, se sentía unida a las demás por su común pertenencia a la única Iglesia de Jesucristo (cf. Concilios, Javier Gonzaga, vol. I; Obras de San Cipriano, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1964).

Esta unidad trasciende las diferencias denominacionales y las estructuras eclesiásticas y debe, por consiguiente, estar por encima de ellas, si bien conservando siempre el núcleo básico de la Revelación y viviendo en todo instante de su realización pragmática una inevitable tensión escatológica, como veremos más tarde en la sección IV de nuestro estudio.

«Las discusiones en torno a la unión de las Iglesias continuarán. Ciertamente es que hay casos en que las distinciones entre las Iglesias no tienen razón de ser, o en los cuales, con el paso del tiempo, o quizá por el cambio de la situación misionera que han vivido las Iglesias, la distinción y diferenciación de las diversas comunidades no tiene sentido y constituye más bien un obstáculo para la misión de la Iglesia. En estos casos, únanse tales Iglesias. Pero seamos todos lo suficientemente honestos para no argumentar sobre la unión de las Iglesias apoyados en una falsa exégesis de la oración sacerdotal de Cristo en Juan 17» (John H. Johansen, pastor de la Iglesia Morava del Canadá, citado en Christianity Today, 30 agosto 1968, p. 14).

\*\*\*

## II

### LA UNIDAD ESENCIAL DE LA IGLESIA

- Según el Nuevo Testamento la Iglesia es ya una.
- ¿Destruye la unidad de la Iglesia la existencia de denominaciones?
- ¿Debe ser institucional la unidad de la Iglesia?
- ¿Cuál es nuestro concepto de la Iglesia?

La «Declaración unida de la "Alianza Evangélica de Gran Bretaña"» es suficientemente representativa y válida en cuanto expresa la doctrina neotestamentaria:

«La Iglesia de Dios está compuesta por los escogidos de toda época y nación, quienes han sido unidos a Cristo por su Gracia, por medio de la fe, y en quienes mora el Espíritu Santo. Esta unión con Cristo, manifestada (aunque no creada) por el bautismo, halla expresión visible cuando los creyentes se reúnen juntamente para adorar y participar del ministerio de la Palabra y la Mesa del Señor... La existencia real de esta unidad dada por Dios no libra, sin embargo, a los cristianos de su responsabilidad de tratar de comprender los distintos puntos de vista sobre cuestiones secundarias tales como la forma del culto, los sistemas de gobierno eclesiástico y las órdenes del ministerio.

»Sin embargo, existen ciertas doctrinas esenciales sobre las cuales no puede haber compromiso de ninguna clase. Estas doctrinas básicas son: la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo; la divinidad de Jesucristo; la absoluta suficiencia de su obra expiatoria para la salvación de los hombres; la suprema autoridad de la Sagrada Escritura en todas las cuestiones de fe y práctica; la justificación del pecador por la gracia de Dios y por medio de la fe sola, y el sacerdocio universal de toda la Iglesia por el cual cada creyente tiene acceso directo a Dios el Padre por el Único Mediador, Cristo Jesús. En la medida en que las Iglesias (tanto si son miembros del Consejo Mundial de Iglesias como si no lo son) fracasan en la expresión de estas verdades, en esta misma medida dejan de ser Iglesias en el sentido del Nuevo Testamento, aunque puede haber individuos dentro de las mismas que sean verdaderamente creyentes»<sup>1</sup>.

#### **SEGUN LA ENSEÑANZA DEL NUEVO TESTAMENTO, LA IGLESIA ES YA UNA**

El apóstol exhorta a «guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:3). Tenemos una unidad que nos es dada por Dios mismo, al ser incorporados por la fe en el Cuerpo

---

<sup>1</sup> Texto publicado en «Cuadernos de Orientación Bíblica», n.º 1. Cf. Consideraciones bíblicas sobre la naturaleza de la Iglesia en el estudio de José M. Martínez sobre la Evangelización, en «Cuadernos de Orientación Bíblica», n.º 2.

de Cristo. La importancia de esta verdad merece una atención cuidadosa que deberá regular nuestro estudio y las conclusiones acerca de la problemática ecuménica.

Un dirigente ecuménico, el Dr. J. Robert Nelson, escribió unas atinadas líneas al comentar así la oración del Señor por la unión de los suyos:

«Debido al hecho de que la unidad tiene unas bases que van más allá de todo lo sensible y hunden sus raíces en la naturaleza divina, hemos de hablar de ella como de algo "dado" por Dios y no de ninguna cosa que podamos crear los hombres. La unidad dada por Dios, no creada por el hombre, debe ser, además, preservada por el Espíritu Santo. Para citar a L. S. Thornton: "La unidad del Cuerpo de Cristo es una unidad-viva, creada y sustentada por el Espíritu de Dios"» (J. Robert Nelson, *The Realm of Redemption*).

Todos los que creen en Cristo como Salvador y Señor, y han sido hechos hijos de Dios y morada del Espíritu Santo, son asimismo guardados por la intercesión del mismo Cristo. La obra redentora, y la misión intercesora que desempeña actualmente a la diestra del Padre, hacen que Cristo asegure y garantice la plena realización de todas sus promesas tocantes a su pueblo: «Jesús había de morir... para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Juan 11:51, 52); «mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y me siguen; y Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:27, 28); «... y habrá un rebaño y un Pastor» (Juan 10:16). Conforme a la plegaria de Cristo -que el Padre escuchó y que ni por un instante podemos pensar que fuese desoída-, los creyentes son ya una cosa. Quizá no lo son institucionalmente, pero lo son orgánicamente; vital y existencialmente son uno entre ellos y en Cristo. No constituyen tal vez una única organización, pero sí son uno espiritualmente. Acaso no lo sean visiblemente, pero lo son vitalmente. A la luz del Nuevo Testamento, hemos de aprender que ésta -y no otra- es la unidad que nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 6:17-20; 7:28; 10:12-16; 13:20, 21) nos asegura y garantiza.

La Iglesia no es tanto una realidad estática como un hecho dinámico; no es tanto una institución como la participación de la experiencia de Cristo, compartida juntamente con otros cristianos. Así como antes fuimos hechos partícipes del pecado de Adán, ahora compartimos la vida y la justicia de Cristo.

### **¿DESTRUYE LA UNIDAD DE LA IGLESIA LA EXISTENCIA DE DENOMINACIONES?**

La doctrina de Juan 17, y la que encontramos en las epístolas paulinas, se opone al argumento de que la existencia de varias «Iglesias» -así como de varias denominaciones y teologías- es una laceración del Cuerpo de Cristo.

#### **Como escribe el teólogo reformado J. Marcellus Kik:**

«La mayoría de eruditos, historiadores y teólogos están de acuerdo en afirmar que en el primer siglo no hubo tal cosa como una organización única que agrupara a todas las comunidades cristianas. El que haya distintas organizaciones o grupos de Iglesias, o comunidades locales independientes, no implica fragmentación del Cuerpo de Cristo. Pablo usa

también la figura del templo para indicar la unidad orgánica de la Iglesia: "... siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio (o, como traduce la Biblia de Jerusalén: 'en quien toda edificación', o lo que es lo mismo: 'cada edificio'), bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor, en quien vosotros sois también juntamente edificados para morada de Dios en Espíritu" (Efesios 2:21, 22). La idea fundamental de este texto es que la Iglesia constituye una totalidad orgánica. La posibilidad de un cuerpo fragmentado, por causa de las distintas organizaciones, parece absurda a medida que uno profundiza en el significado fundamental de la figura usada por Pablo» (J. Marcellus Kik, *Ecumenism and the Evangelical*, PP. 100-101).

### **¿DEBE SER INSTITUCIONAL LA UNIDAD DE LA IGLESIA?**

El argumento de muchos ecumenistas de que la unidad de la Iglesia debe ser de carácter institucional se funda en una falsa presuposición. El mismo Dr. J. M. Kik escribe:

«El Cuerpo realiza la unidad por medio de su unión con Cristo... El concepto de unidad que enseña Pablo no tiene nada que ver con la política eclesiástica, sino que es motivado ontológicamente... ; la unidad pertenece a la misma esencia de la Iglesia. Se trata de una personalidad colectiva. La unión existe; si no existiera no habría tampoco el Cuerpo. La unidad no es, pues, contingente; no está a merced de la organización, sino que depende de la unión con Cristo» (Ibid., p. 102).

Hemos de decir también que la doctrina paulina de la Iglesia, y del carácter de su unidad, se opone a quienes sostienen que la participación en la membresía de la Iglesia visible y sus sacramentos es suficiente, per se, para garantizar la permanencia en el Cuerpo de Cristo. Parecen olvidar los que así razonan que, en medio de la Iglesia visible, hay los que niegan doctrinas fundamentales de la fe cristiana y los que llevan vidas inmorales que desmienten su profesión de cristianismo (1.8 Corintios 6:9).

Jesús mismo, en el sermón de la montaña, niega la entrada en el Reino a aquellos que no hayan vivido conforme a la voluntad de Dios, aunque hayan hecho profesión de fe. Porque «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de El» (Romanos 8:9).

Ni Cristo, ni sus apóstoles, identificaron de manera absoluta y sin más a las Iglesias visibles con el Cuerpo del Señor, con la Iglesia. El trigo y la cizaña crecerán juntos hasta que Jesucristo vuelva para hacer la separación.

Ciertamente, las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, pero así como no todo lo que se llamaba Israel era Israel de Dios, así tampoco todo lo que pretende ser Iglesia lo es (Romanos 2:28,29).

\*\*\*

### III

## LA EXPRESION TEMPORAL DE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

- Las Iglesias deberían manifestar la unidad existente.
- ¿Cómo podrá expresarse la unidad esencial de la Iglesia?
- La necesidad de proteger el fundamento básico.
- Los verdaderos caminos ecuménicos. Principios de unidad cristiana.

### LAS IGLESIAS DEBERIAN MANIFESTAR LA UNIDAD EXISTENTE

A las Iglesias, como corporaciones públicas, tanto como a los individuos, puede aplicarse el principio neotestamentario que Vitorio Subilia, de la Facultad Valdense de Teología, de Roma, define así:

«¡Sois ya, luego sed lo que sois!

»El Nuevo Testamento une el don de la unidad a la exhortación a la unidad. La Iglesia debe convertirse más en aquello que ya es en sí misma. De lo contrario, corre el riesgo de dejar de ser Iglesia de Jesucristo.»

Subilia examina esta cuestión con admirable profundidad teológica:

«La unidad de la Iglesia no se nos presenta en el Nuevo Testamento como una realidad que pudiese ser concretada o aprisionada en los moldes de alguna institucionalización, de manera objetiva y duradera, en organizaciones sociológicas o en estructuras jurídicas de carácter constante y que se hubieran desarrollado paralelamente -o en analogía con las organizaciones y las estructuras del mundo en el cual la Iglesia vive y ejerce su misión. Esta unidad no se nos presenta como una especie de seguro patrimonio del cual los cristianos pudieran considerarse una vez por todas los "benditos propietarios" (beati possidentes) y que solamente tuvieran que administrar diligentemente. La unidad de la Iglesia, según el Nuevo Testamento, no puede, pues, ser entendida como un concepto estático: debe ser comprendida como un concepto de relación. Esto quiere decir que la Iglesia no es una sino cuando se halla en relación de comunión y obediencia con su Señor (R. Newton Flew, *Jesus and his Church. A Study of the Idea of the Ecclesia in the New Testament*, Londres, 1945, p. 152 y ss.; S. Hanson, *The Unity of the Church in the New Testament*, Upsala, 1946). La unidad de la Iglesia no es un elemento eclesiástico, un elemento del que ella podría disponer y reglamentar... La unidad de la Iglesia no es ni un ser ni un tener, en el sentido eclesiástico. Esta unidad reside en el hecho de que la Iglesia se refiera a un único punto de referencia. Mas este punto de referencia la Iglesia no lo encuentra en ella misma, ni ella, por consiguiente, puede pretender este punto. No puede pretender jamás decir que se halla en posesión de la unidad, como no puede pretender tampoco tener la posesión de su Señor.

Pero puede conocer el milagro de la unidad y gustar su gozo cuando ella mira a su Señor y está en relación de fe y comunión con El, cuando cree y confiesa a su Señor, es decir, más concretamente: cuando escucha su Palabra, la cree y la obedece. La unidad de la Iglesia no es más que la unión en el Señor de la Iglesia. Asimismo, vemos que en el orden de la redención las realidades de la justificación, la santificación y todo lo que implica la salvación no son nunca cosas de las cuales podamos disponer; jamás la Iglesia puede gloriarse de ellas, pues le han sido dadas por Cristo y son únicamente nuestras en la medida en que estamos "en el Señor" (1.a Corintios 1:30, 31) y lo hagamos todo "en el nombre del Señor" (1.º Corintios 6:11).

»Por lo que concierne a las grandes realidades de la fe y la ética cristianas, el Nuevo Testamento contiene numerosas afirmaciones y exhortaciones, en las primeras de las cuales se nos da la seguridad a los creyentes de que somos del Señor y estamos en El, mientras que en el segundo grupo, el de las exhortaciones, se nos llama continuamente a ser consecuentes y a convertirnos en lo que debemos ser: "... nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo" (Romanos 6:6), "consideraos muertos al pecado" (Romanos 6:11), "despojaos del viejo hombre" (Efesios 4:22), "habéis resucitado con Cristo" (Colosenses 3:1; cf. con el v. 9), "así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:4), "renovaos en el espíritu de vuestra mente", habiendo sido revestidos "del nuevo, el cual, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Efesios 4:23; Colosenses 3:10). Podríamos leer también: Colosenses 3:13; Efesios 4:32; 5:2 y Lucas 6:36.

»El Nuevo Testamento estructura la noción de unidad en el mismo sentido que aparece claro en estos textos: ¡sois, pues sed lo que ya sois! El Nuevo Testamento une el don de la unidad a la exhortación a la unidad. La Iglesia debe convertirse, más y más, en aquello que ya es en sí misma. De lo contrario, corre el peligro de dejar de ser Iglesia de Jesucristo...

»Está, pues, claro que solamente realiza la unidad la referencia común a Cristo, proclamado y confesado como Señor (Romanos 10:17). Se produce la división de la Iglesia allí donde hay infidelidad, allí donde se pierde el punto de referencia al Señor de la Iglesia...

»Fuera de Cristo (*fundamentum unitatis*), fundamento de la unidad, y fuera de un discernimiento cristocéntrico de todos los valores, la realización de la unidad es de orden horizontal. Se halla, por consiguiente, privada de la sustancia distintiva de la unidad cristiana, la cual es unidad de relación vertical (1.a Corintios 7:17-24), de subordinación a Cristo y a su Evangelio, confesado de común acuerdo y obedecido también en común»<sup>2</sup>.

En la misma línea que Subilia, J. Robert Nelson escribe:

«El hecho de que la unidad de la Iglesia sea una cosa que nos es dada, o creada, por Dios mismo en el mismo acto constitutivo del Cuerpo de Cristo, no debe -no debería- llevarnos a pensar que, por nuestra parte, ya no tenemos responsabilidad ninguna por lo que se refiere a dicha unidad. Por el contrario, la responsabilidad de cada cristiano es muy grande, por cuanto es tarea nuestra, vocación a la que hemos sido llamados todos los cristianos, la de expresar y

---

<sup>2</sup> Vittorio Subilia, *L'unité de l'Eglise selon le Nouveau Testament*, en «La Revue Réformée», n.º 72, 1967/4, pp. 9-11.

manifestar esta unidad; no hemos de crearla ni consumarla, pero hemos de expresarla» (J. Robert Nelson, op. cit., pp. 204-205).

## **¿COMO PODRÁ EXPRESARSE LA UNIDAD ESENCIAL DE LA IGLESIA?**

¿De qué manera, sin embargo, podrá ser expresada empíricamente esta unidad? ¿Exige uniformidad organizacional? ¿Excluye diversidad eclesiástica? ¿Impone unidad institucional? ¿Pide alguna suerte de gobierno centralizado, de estructura mundial, algo así como una super-Iglesia monolítica y omnipotente que incluyera a todas las Iglesias y denominaciones existentes en la actualidad? Creemos que el Nuevo Testamento da una respuesta negativa a estas preguntas. Más bien, nuestra lealtad a la Palabra de Dios nos obliga a mirar con recelo cualquier movimiento ecuménico cuya única meta obsesiva, o determinante, sea la consecución de la unión meramente eclesiástica e institucional. La realidad de la Iglesia una nos obliga a no ser sectarios. Pero la misma naturaleza de esta unidad nos exige no caer en la eclesiología.

La conciencia ecuménica es una necesidad que -hoy lo vemos claro- se impone a todo cristiano. Mas es menester que sea una conciencia bíblicamente orientada. De ahí que, como subraya Subilia: «El problema de la unidad de la Iglesia, según el Nuevo Testamento, no debe ser tratado como algo aparte, como un elemento independiente, como una entidad fija y estable. Debe ser considerado dentro de la perspectiva general del mensaje cristiano y de las estructuras y realidades que lo encuadran» (V. Subilia, op. cit., p. 3). De ahí que llamemos «sectarismo ecuménico» todo intento de plantear el problema de la unión de los cristianos desencajándolo del resto de la problemática teológica y eclesiológica de la Cristiandad y como si se tratara del único verdaderamente importante que condicionara a todos los demás. Para citar nuevamente a Subilia, diremos con él: «Consideramos la Iglesia y su unidad sucesivamente en relación con Dios, con Cristo y con el Espíritu Santo, no sin recordar, no obstante, que esta sucesión de relaciones no excluye, sino que implica, una constante interdependencia de los diversos momentos» (op. cit., p. 5).

Haremos bien si escuchamos asimismo alguna voz del pasado, competente en el campo de la Teología y la Exégesis bíblica. Charles Hodge escribió:

«Toda vez que hemos de admitir que las organizaciones separadas o independientes son consistentes con la verdadera unidad, se sigue que cualquier razón que no sea destructiva del principio esencial de la unidad de la Iglesia puede convertirse en la justificación de la congregación, denominación u organización independiente, con tal que se proponga servir los intereses del Reino de Dios; y esta razón puede ser no solamente una diferencia de localidad, idioma o cultura, sino incluso de opinión. Concedemos que pueda haber diversidad de opinión, dentro de ciertos límites, sin violar la unidad de la fe; y también admitimos que pueda haber organizaciones independientes, por consideraciones convenientes, sin violar la unidad de la comunión. En donde se dan tales diversidades de opinión y organización, la unidad de la Iglesia no se halla por ello, necesariamente, violada o ultrajada. Indudablemente, la diversidad de opiniones es una evidencia de imperfección; a veces, desgraciadamente, es asimismo síntoma de pecado. Pero en tanto que haya el propósito de ahondar en la verdad y dejar el pecado, aunque evidenciando la falta de perfección, no se rompe la unidad básica y esencial. Además, todo ello es siempre un mal menor comparado con la hipocresía o la lucha sorda, entre bastidores. Por

consiguiente, la diversidad de Iglesias, e incluso de sectas, que se da en el mundo cristiano, debe ser considerada como una falta de conocimiento y una imperfección. Son de deplorar. Pero se trata de un mal que no hay que exagerar más allá de sus justas dimensiones, ni debemos buscar el remedio en aquello que sería peor, por cuanto acarrearía infidelidad a los principios fundamentales de la Palabra de Dios. En tanto que la unidad básica de la fe, el amor y la obediencia sean mantenidas, la unidad de la Iglesia, en su principio básico y esencial, se halla a salvo» (Charles Hodge, *Essays*, pp. 207-208).

## **LA NECESIDAD DE PROTEGER EL FUNDAMENTO BÁSICO**

Estas diferencias, que, en sí, no son destructivas de la unidad esencial, tienen ciertamente unos límites. Son los límites que protegen precisamente este meollo fundamental de la doctrina bíblica, que ya ha sido señalado en la Declaración de la «Alianza Evangélica», citada más arriba. Vittorio Subilia trata de concretar estos «límites» y dice que así como en la Iglesia se dan diversos dones -según la enseñanza del apóstol Pablo, tan bien trazada en sus cartas a los Corintios-, asimismo cabe observar que en el Nuevo Testamento ya se dan «diversidad de teologías», o perspectivas y enfoques, para anunciar una misma verdad central reveladora y salvadora. Evidentemente, existe una diferencia entre esta plural expresión neotestamentaria y la confusión teológica moderna: el Nuevo Testamento es inspirado en todas sus partes por el Espíritu de verdad, mientras que nuestras teologías no lo son. Sin embargo, es dable admitir que puede haber diversidad de criterios teológicos aun dentro de una misma unidad básica doctrinal e incluso confesional:

«La diversidad de teologías en la Iglesia no solamente es algo legítimo sino fecundo. Por otra parte, ninguna formulación del Evangelio puede agotar toda su riqueza. Existe siempre un margen irreductible entre Cristo, la verdad y nuestra comprensión de la verdad... Por ello, las diferencias teológicas tienen que ocupar un lugar en la ciudad de la Iglesia y no deben ser tenidas como lesivas de la unidad, a condición de que el fundamento sea efectivamente e incondicionalmente el mismo (1.8 Corintios 3:10, 11), y que la problemática sea en todo caso rigurosamente cristocéntrica de manera que la relación entre los diversos elementos del Evangelio nunca sea falseada...» (op. cit., p. 22).

»La Iglesia es la comunidad nueva de los últimos tiempos, que se sitúa en el límite entre el siglo presétt y el venidero (1.8 Corintios 7:29). Prefigila irrupción de una economía incomparable, de naturaleza tal que pone en tela de juicio todas las estructuras mundanas. Por consiguiente, toda tentativa de realizar en el seno de la comunidad eclesial una restauración de las viejas mentalidades en vigor en el mundo, reintroduce las separaciones, reproduce la diáspora humana y convierte la Iglesia al mundo en lugar de convertir el mundo a la Iglesia. Y con una agravación, que las categorías del mundo, en lugar de ser denunciadas como tales y privadas de todo derecho a la existencia en la Iglesia, son readmitidas y legitimadas por una falsa adaptación, por una preocupación errónea hacia los pecadores, por pretexto de caridad. El resultado es que los moldes del mundo son idealizados, sacralizados, presentados como algo querido por Dios y sancionado por El. Esta confusión de motivos y esta coexistencia de leyes diferentes en el pueblo llamado a no observar más que una sola ley, la de Cristo, debilita, hasta destruirlo, el lazo de la subordinación hacia el Señor de la Iglesia. Destruyen la misma unidad de la Iglesia en el interior mismo de la Iglesia. Simultáneamente desintegran su alma profunda. La rebajan a ojos del

mundo. No es, pues, de sorprender que los hombres de este mundo desprecien a la Iglesia y no se la tomen más en serio, que la pisoteen con los pies tal como se hace con la sal que se ha vuelto insípida y ya no sirve para nada» (Mateo 5:13) (V. Subilia, op. cit., p. 8).

La llamada teología «de la muerte de Dios», la «nueva moralidad», la «ética de situación» (Paul van Buren, El significado secular del Evangelio; Thomas Altizer, The Gospel of Christian Atheism; Hamilton y Altizer, Radical Theology and the Death of God; John A. T. Robinson, Honesto para con Dios, Christian Moral. Today, etc.), ¿no caen dentro de la definición de Subilia y no son culpables, hoy, de destruir la unidad esencial de la Iglesia que es la unidad de su fe y su ética, la unidad de su relación con el Cristo que proclama la Biblia hebreo-cristiana? Nuestra conciencia ecuménica -no ningún sectarismo-, nuestra conciencia alimentada con la doctrina bíblica nos mueve a denunciar estas «nuevas» corrientes de pensamiento y conducta como destructoras de la unidad, justamente en el momento mismo en que los fautores de un ecumenismo unilateral -y, por lo mismo, «sectario»- nos denuncian a los «evangélicos» como poco ecuménicos, nos tienen en menos y abrazan y bendicen, en cambio, a los representantes de la «nueva teología» por el mero hecho de que no se opone, antes favorece, la integración sincretista de todas las organizaciones cristianas en una institución superior, llevados todos de su obsesión por la uniformidad eclesiástica y organizacional, que no eclesial.

El ecumenismo bíblico debe oponerme tanto al secularismo apóstata como al sectarismo confesional. La justa vía media, sin embargo, no es la que parecen buscar muchos hoy. Desgraciadamente.

Con Subilia repetimos: «Hay división de la Iglesia allí donde hay infidelidad.»

## **LOS VERDADEROS CAMINOS ECUMENICOS**

La unidad del Espíritu debe ser manifestada, más y más, en la cooperación fraternal que cruza las fronteras denominacionales. Esta colaboración voluntaria es mucho más espiritual y expresa más adecuadamente la unidad esencial de la Iglesia de Cristo que los compromisos y las adaptaciones tendentes a la creación de un uniformismo eclesiástico o un «frente común» bíblicamente insípido e incoloro.

Ahora bien, nuestra actitud -porque la consideramos bíblica- exige mucho de nosotros. Aún más, solamente tendrá eficacia nuestra denuncia de los erróneos caminos de cierto “ecumenismo» en la medida exacta en que sepamos ofrecer al mundo una imagen consecuente de lo que decimos creer.

«Volvamos al pensamiento de que aunque la esencia de la unidad de la Iglesia no es visible, sin embargo, a menos que pueda ser manifestada de alguna manera, no es real. Y aunque la unidad de la Iglesia, por su misma naturaleza, es espiritual, a menos que se ofrezca a la vista de los hombres, parece desprovista de sustancia. Porque si bien denunciemos a algunos que abogan por colocar el énfasis principal en la organización y la acción, no podemos, sin embargo, decir que la acción y la organización en su debido lugar sean siempre inadecuadas. La verdadera unidad espiritual, conocida solamente para la fe, habrá de tomar necesariamente una forma

externa. El derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés produjo señales que podían ser vistas y oídas. Pero esta unión y su manifestación serán siempre dignas del Evangelio si encuentran su norma para discernir la falsa de la verdadera unidad en la palabra del Nuevo Testamento» (Paul G. Schrotenboer, *The Unity that is Worthy of the Gospel*, en el «International Reformed Bulletin», julio 1968, p. 3).

El imperativo bíblico pesa sobre nosotros. «¡Sed, pues, lo que ya sois!», «Comportaos como es digno del Evangelio de Cristo», «Andad como es digno de la vocación a la que sois llamados» (Filipenses 1:27).

Que el hecho de que uno sea «bautista», el otro de los «Hermanos», aquél «presbiteriano», el de más allá «metodista», aquél «pentecostal» y aquél otro «episcopal», que el hecho de estas diferencias denominacionales (expresión de una lícita pluralidad teológica) no enturbie jamás nuestra comunión (es decir: nuestra comunión-unión) en el Señor, siempre que tengamos ocasión de dar testimonio de nuestra común pertenencia a la Iglesia de Cristo. Aún más, en la medida en que pretendamos denunciar la infidelidad (se dé donde se dé, y hemos de comenzar por nuestro propio círculo) como la causante primera de la desunión, fomentemos la comunión más estrecha de todos los hermanos, de todos los hijos de Dios, de todos los redimidos por Cristo, bajo la dirección del Espíritu Santo que conduce a su Iglesia mediante la brújula de la Palabra.

Este es el ecumenismo por el que viene abogando la «Alianza Evangélica», desde su fundación en 1846. Es un ecumenismo difícil, porque exige fidelidad a la Palabra de Dios y caridad en la verdad. Es el ecumenismo que propugna la nueva pléyade de teólogos evangélicos que se preocupan por la revitalización doctrinal y espiritual del Protestantismo histórico (evangélico) y algunos de cuyos exponentes los hallamos, entre otras manifestaciones, en las páginas de *Christianity Today*, en el Congreso Mundial de Evangelización celebrado en Berlín, en el Movimiento «No hay otro Evangelio», de Alemania, y en la actividad intereclesiástica e interconfesional que lleva a cabo en todo el mundo la «Alianza Evangélica» (cf. Carl F. H. Henry, *Evangelicals at the Brink of Crisis*, p. 80 y ss.) por medio de las diversas Alianzas nacionales, continentales y la «World Evangelical Fellowship». Es mucho lo que queda por hacer (y, concretamente, en nuestros pueblos hispánicos), porque no basta coexistir sino que es menester convivir unos con otros en el Señor.

En un número dedicado a la problemática de la unión de los cristianos, los editores de *Christianity Today*, para quienes «este tema es mucho más que una simple cuestión de interés académico», propusieron los siguientes PRINCIPIOS DE LA UNIDAD CRISTIANA, representativos de las convicciones evangélicas sobre este punto:

### **PRINCIPIOS DE UNIDAD CRISTIANA:**

« 1- La Iglesia de Jesucristo es, a la vez, una realidad histórica concreta y un número invisible de creyentes conocidos sólo por Dios.

2 - La existencia de la Iglesia por medio de las iglesias, a lo largo del tiempo y del espacio, no es per se una contradicción de la unidad esencial de la Iglesia.

3 - La Iglesia es una en Cristo Jesús, teniendo un solo Señor, una fe, un bautismo del Espíritu y una esperanza. Algunas diferencias profundas han dado lugar al nacimiento de las denominaciones. Pero estas diferencias no han destruido, necesariamente, la unidad íntima y profunda de los cristianos en Jesucristo, si bien han enturbiado el espejo de esta unidad en las iglesias visibles.

4 - Mediante esta fragmentación de reflejos, motivada por las denominaciones, la rivalidad en los campos misioneros y en la evangelización, la indiferencia mutua, las iglesias dan, en ocasiones, un testimonio imperfecto del Evangelio y crean obstáculos para el cumplimiento de la misión de la Iglesia una.

5 - Aquellas iglesias cuya existencia se debe a diferencias sociológicas, raciales o culturales, deberían procurar -siempre que ello fuera posible- la unión con otras iglesias de parecidas convicciones.

6 - Las iglesias cuya existencia separada se funda en diferencias teológicas de fe y gobierno eclesiástico no deberían ignorar estas diferencias, pero tendrían que procurar resolverlas mirando a la visible manifestación de la verdadera unidad en Jesucristo y admitiendo que algunas de estas particularidades de doctrina y orden pueden ser una parte de la verdad cristiana, como lo es también la verdad concerniente a la manifestación de la unidad de la Iglesia.

7 - En el esfuerzo por conseguir la unidad visible y externa, cualquier empresa ecuménica que eluda o ignore las cuestiones esenciales de la fe y el orden eclesiástico conducirá únicamente a una mayor confusión y a un ulterior fracaso. Cualquier clase de unión que no esté basada en una común afirmación teológica de la fe una vez dada a los santos, será una expresión histórica de algo muy distinto de lo que la Iglesia en Jesucristo ha de ser, según los propósitos divinos» (Christianity Today, 29-1-65, p. 29).

\*\*\*

#### IV

### **LA TENSION ESCATOLOGICA DE LA UNIDAD DE LA IGLESIA**

- La perspectiva escatológica.
- El peligro del "otro evangelio".

- La unidad y la verdad.

Incluso el ecumenista Dr. Nelson admite que la completa y perfecta unidad no será jamás conseguida en el mundo, por más brillantes que sean los éxitos de los modernos movimientos ecuménicos. La perfecta unidad será conseguida únicamente en el mundo venidero.

### **LA PERSPECTIVA ESCATOLOGICA**

En el futuro apunta el alba del «Día del Señor». En este día la Iglesia será hecha perfecta. El día en que todo el Pueblo de Dios, de todo lugar y tiempo, será unido perfectamente con su Salvador y Señor y entre sí. Entonces aquella plegaria de Cristo que recogió el evangelista Juan (17:21-24) hallará su cumplimiento pleno y su consumación.

La unidad de la Iglesia tiene una perspectiva y una consumación escatológicas que no debemos echar en olvido.

Sin embargo, como nos advierte V. Subilia: «No podemos tomar la actitud pesimista de los escépticos -cara al problema de la unidad- ni la optimista de quienes creen poder alcanzar la tranquila posibilidad de organizar un sistema mediante oportunos reglamentos, después de lo cual poder decir: El Espíritu está aquí. Y también: El Espíritu no está en aquel lugar. Como el viento, el Espíritu sopla donde quiere (Juan 3:8). La unidad se halla siempre "in statu viae" (en vías de realización), hasta que el Señor vuelva. No se trata de un "statu patriae" (realizada como en la patria celestial). Puede haber un movimiento hacia la unidad que no sea de institución unitaria, una búsqueda de la unidad sin un sentido del estado de uniformidad. Porque la unión se halla más allá de todas nuestras tentativas y de todas nuestras realizaciones. Todas éstas son, en cierta medida, preunitarias, pre-ecuménicas. El camino hacia la unidad es un camino perpetuamente abierto en donde resuenan todavía los pasos de los creyentes que, como Israel en el desierto, esperan, oran y confían que la comunidad sea verdaderamente guiada por el Señor y que en El encuentren su comunión. Mas la "koinonia" (la comunión) de que nos habla el Nuevo Testamento es un evento escatológico, en tanto que es, ni más ni menos, un encuentro con y en el Dios vivo. Se realizará perfectamente en el Reino. En la espera de ese día, la comunión, como la unidad, debe tener y puede tener sus manifestaciones concretas en la historia, sus signos aquí y allí, hoy mismo, en la misma medida que la fe no puede detenerse ni pararse estáticamente en su condición de fe, sino que debe obrar, manifestándose, por el amor y la acción ética. Y estas señales confirman la realidad del acontecimiento. No pueden, las señales, incorporarlo, circunscribirlo, darle una forma definitiva una vez por todas como si luego lo único que hiciera falta fuera dejarlo en manos de hábiles administradores. El problema debe ser continuamente resuelto y toda solución se abre y plantea de nuevo con otras alternativas. El misterio y el milagro de la unidad no podrán ser jamás objetivados completa o plenamente. No pueden convertirse en un capital bien guardado y rentable que sería una seguridad para sus propietarios: por el contrario, quedan hechos contingentes y dependen de la fidelidad y la libertad de Dios, como de nuestra fidelidad y obediencia. Lo que afirmamos no es idealismo ni abstracción: salir de esta fe, querer más grandes garantías y realizaciones prácticas y concretas, es salirse del Nuevo Testamento» (V. Subilia, op. cit., pp. 16, 17).

## EL PELIGRO DEL "OTRO EVANGELIO"

La perspectiva escatológica con la que hemos de contar al meditar sobre el problema de la unidad, y el misterio de la Iglesia, nos previene, además, de un falso optimismo muy de moda hoy.

Somos llamados a proclamar la certidumbre dolorosa de que el misterio de iniquidad, la obra del Adversario (2ª Tesalonicenses 2:1-12), está ya obrando en la Iglesia. El misterio del Anticristo, como le denomina Juan (1.ª Juan 2:18; 4:3), y que se halla ya en acción. Su aspecto más característico es precisamente la imitación sorprendente que sabe llevar a cabo del espíritu cristiano auténtico, hasta el punto de poder desarrollar una capacidad casi ¡limitada de ilusión y error, en detrimento de los que no abrieron su corazón al amor de la verdad (2ª Tesalonicenses 2:10), y hasta el punto de seducir, «si ello fuera posible, incluso a los escogidos» (Marcos 13:21-22). El «otro Evangelio» no es una negación abierta y tajante del verdadero mensaje apostólico, sino un arreglo disfrazado de verdad, pero habiendo negado su sustancia. «Elementos que en apariencia pueden parecer inofensivos al principio, son capaces de transformar radicalmente el Evangelio en un antiEvangelio» (V. Subilia, op. cit., p. 27).

Conviene subrayar que el peligro del «otro Evangelio», y del Anticristo, no procede del exterior de la Iglesia. Cargado de potencialidad satánica, no viene, sin embargo, de los «publicanos» o los «bárbaros» o «gentiles», como diríamos usando lenguaje neotestamentario. No se origina, diríamos nosotros hoy, en el ateísmo o entre los comunistas. Este peligro surge del interior de la Iglesia, de su mismo seno. Y acompaña a la Iglesia, mezclándose con ella a lo largo de toda su historia (para la Iglesia primitiva, cf. W. Bauer, *Rechtgläubigkeit and Ketzerei im Alttesten Christentum*, Tübingen, 1934; M. Werner, *Die Entstehung des Christlichen Dogmas*, Bern, Leipzig, 1941, p. 126 y ss.; S. L. Greenlade, *Der Begriff der Härese in der Alten Kirche*, en «*Schrift and Tradition Untersuchung Einer Theologischen Kommission Herausgegeben*», Von K. E. Ed. Skydsgaard and L. Vischer, Zurich, 1963, p. 24 y ss.). Su asiento lo tiene en el templo de Dios (2.ª Tesalonicenses 2:4). Se le impone, pues, a la Iglesia ejercer el discernimiento de los espíritus... (1.ª Juan 4:1). Por consiguiente, no es legítimo aplicar el principio, tan de moda hoy, aunque desconocido en el Nuevo Testamento, según el cual debería enfatizarse más bien lo que nos une, con preferencia a señalar lo que nos separa: en esta perspectiva, la referencia común a Cristo se torna algo ambigua a ineficaz. Asistimos hoy a la puesta en tela de juicio del concepto mismo de «falso Evangelio» y de la idea del Anticristo. Pero el abandono del estado de contradicción y tensión escatológica que vivieron Jesús y la Iglesia primitiva, al aceptar paralelamente el estado de sincretismo del mundo moderno, puede significar que el destino mismo del Evangelio sea lo que se trata de poner en juego. El sincretismo ha sido siempre la amenaza más grave que ha tenido que afrontar la Iglesia; lo fue para las comunidades primitivas en el contexto helénico y oriental en donde el Cristianismo nació; el sincretismo que conocemos nosotros hoy, y que por razones complejas tiene dimensiones internacionales, constituye probablemente la amenaza más grave para la Iglesia de nuestro tiempo. Las causas se remontan al relativismo deísta, tolerante y racionalista, del siglo XVIII, alimentado por el sentimentalismo romántico... que fue aumentando impulsado por el universalismo técnico, político, cultural y social del mundo posterior a las dos guerras mundiales. Bajo estas influencias, la Iglesia puede sentirse tentada a proceder por síntesis sucesivas, dejando de referirse a la norma de su Señor. Se duda de la existencia de un "anti-Evangelio", se pone en cuestión al Anticristo; mas no

debiéramos perder de vista que el olvido de las posibilidades de un anti-Evangelio y un Anticristo -como es habitual hoy en ciertos medios ecuménicos- no es conforme a la enseñanza unánime del Nuevo Testamento. El problema de la herejía, es decir: la perversión del Evangelio, debe ser planteado» (V. Subilia, op. cit., pp. 28-29)<sup>3</sup>.

## LA UNIDAD Y LA VERDAD

Yerra cierto tipo de «fundamentalismo extremo» que se niega a plantearse el problema de la unidad de la Iglesia, bajo la excusa de que vive preocupado única y exclusivamente por la verdad; se engaña, por cuanto la cuestión de la unidad forma parte de la problemática de la verdad. Son inseparables. Pero yerra igualmente el que, obsesionado por la unidad, pierde de vista la cuestión de la verdad que las iglesias deben considerar siempre. Colocar la unidad por encima de todo, creyendo que, automáticamente, la verdad nos será dada por añadidura en la búsqueda de la unión a todo precio, es una postura antibíblica que puede conducir a las mayores perversiones del Evangelio, incluso en el nombre de la caridad y la fraternidad.

---

<sup>3</sup> Por ejemplo, lamentable y trágica fue la manera como la Iglesia Episcopal de los EE.UU. eludió su responsabilidad ante el caso Pike. El obispo Pike fue acusado de herejía por un buen número de pastores de su misma denominación. Las declaraciones y los libros del propio obispo dan base para esta acusación, pues niega, entre otras, las doctrinas de la Trinidad y de la expiación. En otra época que no fuera la nuestra, de sincretismo a indiferencia, el obispo Pike hubiera dejado de pertenecer a la comunión episcopal. Antaño, los incrédulos no se hacían pasar por cristianos, pero hoy las cosas han cambiado y hay quien -como el obispo Pike- identifica sin más un cierto humanismo teológico con la teología cristiana.

La Iglesia Episcopal soslayó la cuestión y por boca de sus principales dirigentes parece haber dado a entender que la misma posibilidad de juzgar hoy a alguien por herejía es algo inaudito. Los defensores de Pike no sólo se ponen al lado del clérigo episcopal sino que condenan la idea misma de juzgar a alguien por error en la Iglesia (cf *The Bishop Pike of fair*, por W. Stringfellow y A. Towne, 1967, y también, del propio Pike, *If this be Heresy*, 1967).

El Rev. Peter R. Doyle, rector de la capilla episcopal de San Jaime en Leesburg, Virginia (EE.UU), escribe sobre el caso: «...las desesperadas medidas de los obispos episcopales para evitar un proceso por herejía, es decir, para soslayar !in debate sobre to que es, y to que no es, la fe cristiana. El fracaso de los dirigentes episcopales ante su deber de proclamar a su pueblo la verdad del mensaje cristiano y sus posteriores esfuerzos para enmendar la ley canónica de manera que en el futuro llegue a ser casi imposible pensar en juzgar a un obispo, indican el grado de alejamiento que esta denominación ha andado y cuánto se ha apartado de su tarea de testificar de la verdad bíblica sobre Jesucristo, así como delata la impotencia en que se halla para suscitar dirigentes que honren la encomienda que la Iglesia recibió de su Maestro y Salvador. Uno espera que otras denominaciones sabrán tomar ejemplo de este caso y escarmentarán en cabeza ajena. Y uno confía también en que todos los líderes de cada denominación cristiana sentirán menos temor de la desaprobación de los hombres que del juicio de Dios» (citado en *Christianity Today*, 2 de febrero de 1968, pp. 34-35).

«No será nuestra doctrina, siempre sujeta a error y por consiguiente a rectificaciones procedentes de la verdad, sino la verdad misma -Cristo y su Palabra- la que debe triunfar sobre la herejía, siendo proclamada con el poder del Espíritu Santo y dejándole a El que haga la obra de convicción por la eficacia de la verdad misma" (R. Prenter, *Le Saint Esprit et le renouveau de l'Eglise*, página 76).

Abiertos siempre al diálogo por las exigencias de nuestra vocación cristiana misma. Pero, como nos recuerda H. Braemer, no olvidando jamás que «el Evangelio es Logos y no Dialogos» (H. Braemer, *Les conditions du dialogue avec le Catholicisme*, en «*La Revue Réformée*», 1963/4, p. 40). «Es decir -puntualiza Subilia-, que en el diálogo, en todo diálogo, la referencia no debe perderse» (op. cit., p. 30). La referencia es, para los cristianos evangélicos, Cristo, quien nos habla por medio de su Palabra y su Espíritu:

**«EL QUE TIENE OIDO, OIGA LO QUE EL ESPIRITU DICE A LAS IGLESIAS.»**

Apocalipsis 2:7

\*\*\*

## V

# HACIA DONDE VA EL ECUMENISMO

## ¿QUE METAS, QUE RUMBOS ESTA TOMANDO EL ECUMENISMO HOY?

Esta preocupación anida en mentes tan serenas como las de Oscar Cullmann, John Mackay y Visser't Hooft. Cullman escribía hace poco:

«La crisis actual de la fe corre el riesgo de engendrar un ecumenismo fácil, en el cual los creyentes de diferentes confesiones se encuentran sobre la base de una crítica de las Iglesias puramente negativa y nunca constructiva. Y, lo que es más grave, sobre la base de una capitulación común delante del mundo. Así, el ecumenismo corre el riesgo de perder su enraizamiento en la fe. La uniformidad a que conduce un ecumenismo de este género no tiene nada en común con la unidad tal cual la entiende el Nuevo Testamento.»

John Mackay, en su libro *Christian Reality and Appearance*, deplora la corriente ecuménica institucionalizante y secularizante y aconseja a las Iglesias un renovado interés en la misión. El que fue secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, Visser't Hooft, en un libro significativo, titulado *No other Name* (No hay otro Nombre), expresó igualmente su preocupación de que la fe cristiana no sea diluida mediante una síntesis de los puntos de vista paganos y evangélicos.

Pero los más recientes pronunciamientos ecuménicos (pensamos, sobre todo, en Uppsala y Bangkok) sugieren más bien que la corriente actual va en contra de los consejos de las personalidades citadas. La pureza doctrinal y la integridad evangélica son suplantadas, de modo creciente, por un sincretismo que pretende laborar en aras de problemas seculares solamente.

Cierto que la Iglesia -las Iglesias- no debe vacilar ante la necesidad de pronunciar juicios morales en nuestro tiempo, pero estos juicios debieran ser, primera y primordialmente, juicios teológicos más que sociológicos o ideológicos.

«En la medida en que el ecumenismo minimiza la importancia de la doctrina -señala Harold Brown en su libro *The Protest of a Troubled Protestant*- y el contenido de las vivencias puramente religiosas, tal como suele hacerse en los cultos ecuménicos, en esta misma medida abona el terreno para el culto sincretista en el que podrán encontrarse varias creencias; se trata de la religión sin doctrina, sin significado trascendente y, finalmente, sin Dios.»

El distinguido erudito bíblico católico americano Raymond Brown observa que en el ecumenismo católico contemporáneo la base teológica apoyada en la Sagrada Escritura ya no es tan evidente como lo fue en el Concilio Vaticano II. La nueva tendencia -afirma- estriba «en hacer mucho menos uso de la Escritura»; el mismo autor se opone al «relativismo ético, tan extendido hoy, que pone en duda la validez y la relevancia de la Biblia como norma moral; asimismo, censura «el enfoque evolucionista de la teología, cuyo optimismo sobre la historia humana contrasta fuertemente con el pesimismo bíblico» (*The Christian Century*, 11-5-1969, p. 816).

También las Iglesias Ortodoxas de Oriente han expresado su preocupación por la manera cómo el movimiento ecuménico está evolucionando. En un memorándum de trece páginas, distribuido por los miembros de la Facultad de San Vladimiro del Seminario Ortodoxo, se criticaba al «National Council of Churches» de Estados Unidos por promover « uniones apresuradas y diluir el cristianismo en simple secularismo» (*Newsweek*, 9-2-1970, p. 78). Este escrito deploraba, también, el hecho de que el movimiento ecuménico no muestra el más mínimo sentido de preocupación ante la degradación moral de la sociedad moderna.

Tenemos, pues, varios caminos ecuménicos que, por un igual, se alejan de la Palabra de Dios como norma absoluta y única. El ecumenismo más en boga actualmente es el que podríamos denominar « ecumenismo secularizante», o plenamente «secular». Si sus fautores buscaran solamente alcanzar un testimonio cristiano unido en el área de las cuestiones sociales no habría nada que objetar, pero la verdad es que su significado es muy otro: se trata de fundamentar la unidad en las tareas comunes, seculares de signo horizontal, con la menor intromisión de lo doctrinal y genuinamente espiritual. La dimensión social del Evangelio -en sana doctrina bíblica- debe ser siempre, no la base, sino la manifestación de la unidad cristiana<sup>4</sup>.

Existe, también, el «ecumenismo eclesiástico». El énfasis radica en las uniones de iglesias a alto nivel, buscando una consolidación institucional. Se busca uniformidad litúrgica, ministerial (casi siempre de signo episcopal), con vistas a la consecución de una Super-Iglesia. John Mackay dice de tales planes:

«Cuando la unidad cristiana es igualada con la uniformidad institucional y el control episcopal, y cuando ambos se consideran como indispensables para la unidad real, no olvidemos esto: la más

---

<sup>4</sup> Cf. José M. Martínez y J. Grau, *Iglesia, Sociedad y Ética cristiana*, EEE, Barcelona, 1973.

unificada estructura eclesiástica, como lo prueba la historia, puede resultar en la más estéril espiritualidad, la más fanática y la más desastrosa» (Christian Reality and Appearance, p. 88).

Y más recientemente ha surgido el «ecumenismo carismático». En este caso, la base de la unidad se ha buscado en experimentos religiosos comunes, en «la luz interior», en la vuelta a los «carismas». El movimiento carismático no sólo afecta a algunos sectores del Protestantismo, sino que se da, hoy, igualmente entre los católicos.

Lo que importa no es lo que se cree, sino lo que se siente; lo que une -afirman los carismáticos- la común experiencia de ciertos fenómenos religiosos que puedan darse en cualquier iglesia a independientemente de todo dogmatismo teológico. El neopentecostalismo, presente en muchas denominaciones, incluida la Iglesia Católica<sup>5</sup>, es la gran esperanza de este recientísimo ecumenismo. El lema de este movimiento es que la teología divide y los carismas unen. No importa que la doctrina de la iglesia sea radicalmente diferente a la de la mía, las experiencias carismáticas están por encima de tales diferencias. De modo que el Espíritu Santo, lejos de ser Dios de orden y de claridad, se convierte en el protector de todos, y guía a unos a ser fieles abogados de la dogmática católico-romana mientras que a otros les lleva a otra teología; no importa, lo que cuentan son las experiencias carismáticas...

Como escribe Francis A. Schaeffer, «este nuevo pentecostalismo pone su énfasis en los signos externos, en lugar de prestar atención al contenido, y convierte estas señales en la prueba, el test supremo. En otras palabras, con tal que uno tenga las señales, basta para ser aceptado, para ser tenido como uno de los «nuestros». Pero, como añade el mismo autor: «La dificultad de esta postura estriba en el hecho de que hay grupos unitarios y comunidades budistas en donde se producen exactamente los mismos signos externos. Aún más, una pretendida espiritualidad que tome tal sesgo, olvida que cualquier señal externa puede fácilmente ser copiada o falsificada por el diablo. La Biblia ofrece ejemplos de ello ...» Aconsejamos al lector la lectura del librito de Francis A. Schaeffer Los caminos de la juventud hoy (La Nueva Superespiritualidad); es iluminador al respecto.

\*\*\*

---

<sup>5</sup> Cf. Testimony, Published Quarterly by Great Commission International, Box 1249, Handford, California 93230 (USA); núm. 38, 1972, en donde el obispo católico de la diócesis de Londres (Ontario, Canadá) habla del «renovamiento pentecostal en la Iglesia Católica» y anuncia el alba de una nueva era espiritual, «rogando a Dios para que todos los feligreses lleguen a gozar de tan hermosa experiencia». En el mismo número, el arzobispo católico de Nueva Orleans (Luisiana, EE.UU.) da igualmente gracias a Dios por la renovación de los carismas, tales «como el de lenguas, de profecía y de revelaciones .... que están volviendo a ser evidentes en nuestras iglesias». Asimismo, el teólogo católico jesuita Robert Arrowsmith afirma que «todo católico debería ser un católico pentecostal», y añade: «María y Pedro hablaron en lenguas en el día de Pentecostés. Y el papa Juan XXIII oró mucho por un nuevo Pentecostés en nuestros días... La oración del buen papa Juan XXIII... fue oída junto con las oraciones de millones de fieles y un nuevo Pentecostés está cayendo sobre la Iglesia hoy en día.» Dice además este teólogo: «Hasta hoy el movimiento de unidad cristiana más dinámico es el "Renovamiento Carismático". Este ecumenismo del Espíritu Santo está penetrando y afectando a todos los rincones de la cristiandad tradicional, tanto católica como protestante. Lo que discusiones teológicas no han podido llegar a unir, el Espíritu Santo está concediendo a aquellos que buscan la unidad con sus hermanos cristianos.»

## APENDICE I

# REFLEXION ECUMENICA AQUI Y AHORA DE LA PROTESTA A LA AFIRMACION

(Editorial del «Boletín Anual de la Alianza Evangélica Española», 1972.)

Nuestro problema es ver cómo practicar un ecumenismo evangélico entre evangélicos.

Ya va siendo hora de que nos esforcemos en hacer más explícito lo que pretendemos ser: cristianos evangélicos, creyentes en la acepción más bíblica de l término.

No basta con denunciar los peligros sincretistas de cierto ecumenismo, ni las apostasías, más o menos camufladas, de ciertas posturas pretendidamente -que no convincentemente- «abiertas». No basta con discernir lo antibíblico; es menester afirmar con más denuedo, si cabe- lo auténticamente bíblico, lo evangélicamente positivo y posible, aquí y hoy.

Pero esto es cuestión de hechos, attitudes y convivencias. Las meras palabras no son suficientes

A la desaprobación de lo que juzgamos errado debe seguir no sólo la protesta, sino la realización práctica de lo que creemos es bíblico. Y el principio vale tanto para los problemas que tienen que ver con la cooperación, la comunión, la evangelización y el ecumenismo, como para cualquier otra cuestión.

No es bíblico...

Polarizar todos los afanes en «lo nuestro», lo de cada uno o lo de los amigos más allegados -aunque sea para hacer una buena labor-, olvidando los trabajos de los demás y no sintiendo el más mínimo interés por ellas, no es bíblico. Mirar por encima del hombro a «los otros» a imaginar que tan sólo yo y los «míos» hacemos las cosas bien, o las más importantes en la viña del Señor, menospreciando lo ajeno (que, por las causas que sean, no comprendemos casi nunca ni nos esforzamos en entender), no es bíblico. Despreciar, o no tener en cuenta -que, en el fondo, es lo mismo- los anhelos, los proyectos, los afanes y las fatigas de los demás, no es bíblico. Como no lo es el quedar indiferente a cuanto se haga -por mínimo que sea- para dar expresión a la unidad fundamental del pueblo de Dios, a cuanto se proyecte en testimonio de amor, de fraternidad y de unidad en la verdad.

Estamos muy equivocados si pensamos que el impacto de la presencia evangélica en España depende sólo de lo que logremos hacer cada uno, a partir de nuestro propio círculo exclusivamente. Ninguna esfera -por activa y eficaz que sea- se basta a sí misma, pero aun en el supuesto de que la evangelización más eficaz estuviera condicionada a los desvelos de un solo sector, de un solo grupo, el hecho evidente es que el fruto de dichos desvelos precisaría -exigiría- un pueblo evangélico entrenado en el amor fraternal. Los simpatizantes, los conversos, ya no

tolerarán a gentes que se pretenden cristianas y que, no obstante, viven separadas por muros de frialdad, de desinterés y de ghetto. Después de escuchar el mensaje del Evangelio quieren verlo vívido, y no ya solamente en el plano de la iglesia local, sino en el ámbito más amplio de las relaciones entre los creyentes y entre las congregaciones y de nominaciones. El mundo se nos hace cada vez más pequeño y lo que, en opinión de los de afuera, seamos, lo seremos según lo que cada uno haya aportado al conjunto. Si hay cosas de calidad (comprensión, tolerancia, fidelidad, consagración, etc.) el testimonio evangélico en España será apreciado, pero si al celo y la ciencia bíblicas (cuando los hay) no sabemos añadir cooperación fraternal, todo lo que se haga reportará, a la larga, muy pocos frutos estables. A lo sumo, algún que otro sectario, hijo de nuestro empeño en lo secundario y nuestro descuido de lo primordial.

El testimonio que como evangélicos españoles estamos llamados a dar en nuestra patria será eficaz tan sólo en la medida en que sea un testimonio auténticamente representativo de todos los evangélicos.

### La comunión en el Evangelio

En la Alianza Evangélica Española nos preocupa la defensa del Evangelio (Filipenses 1:7), la confirmación de la sana doctrina bíblica en lo esencial y básico; pero -también nos preocupa -¡y cada día más!- la comunión en el Evangelio (Filipenses 1:5), pues esta comunión constituye también una parte importante de este mismo Evangelio que tratamos de entregar íntegro y diáfano.

No basta con decir: «el ecumenismo de los otros es errado». Llega el momento, ha llegado ya, de demostrar con hechos -y no sólo con palabras que el «nuestro» (el que creemos hemos recibido por mandato de Cristo) es el bíblico. Y no simplemente porque sepamos hacer una exégesis correcta de Juan 17 y Efesios 4, sino porque además de la creencia sepamos ofrecer la vivencia de un cristianismo genuinamente evangélico y, por lo tanto, bíblico.

Todavía quedan hermanos que preguntan: «¿Para qué sirve la «Alianza Evangélica Española»?» La respuesta es muy sencilla: simplemente para ayudar -para ayudarnos mutuamente- a comprender lo expuesto y obrar en consecuencia.

La «Alianza Evangélica Española» trata de alentar esa comunión en el Evangelio, pues es una exigencia tan ineludible como puede serlo la misma predicación del Evangelio. La «Alianza Evangélica Española» podría ser -como lo son las «Alianzas» de otros países- el lugar de encuentro inspirador, y práctico, del cristianismo bíblico en nuestra patria, en donde las iglesias locales y los creyentes aprendieron a conocerse, a amarse, a trabajar juntos y a orientarse teológica y prácticamente en medio de una generación confusa y aturdida por tanta palabrería.

Para ello se requiere la respuesta de los evangélicos conscientes y responsables; conscientes de lo que significa la defensa y la comunión del Evangelio, y responsables de convertir en realizaciones concretas la fraternidad y la «unidad en el Espíritu» de nuestra proclamación.

\*\*\*

## **APENDICE 2**

### **FUNDAMENTOS DOCTRINALES DE LA "ASOCIACION EVANGELICA MUNDIAL" Y LA "ALIANZA EVANGELICA ESPAÑOLA"**

De tal manera ha amado Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para ser su Salvador. Es su propósito, revelado en su Palabra, constituir un pueblo propio, sacado de los demás pueblos del mundo, para constituir su Iglesia. Esta compañía universal de creyentes cristianos, redimidos por el Hijo de Dios, hechos morada del Espíritu Santo y siendo todos uno en Cristo a pesar de estar esparcidos en muchas iglesias y organizaciones, esta compañía universal de creyentes tiene el deber de adorar a su Señor y de ir por todo el mundo proclamando el Evangelio, así como de demostrar su unidad fundamental por medio de la cooperación y toda aquella actividad que refleje la colaboración fraternal entre los hijos del mismo Padre.

Creyendo, además, que este testimonio unido, a nivel universal, del Evangelio es la mayor y más esencial necesidad de un mundo destrozado por las ideologías en conflicto y desconocedor de que en Cristo se halla la solución, la única solución, para sus graves problemas, declaramos nuestro propósito de unir corazones y manos, para honrar a Dios y su Palabra, en las tareas comunes de:

1. El progreso del Evangelio (Filipenses 1:12).
2. La defensa y confirmación del Evangelio (Filipenses 1:7).
3. La comunión en el Evangelio (Filipenses 1:5).

La «Asociación Evangélica Mundial» se compromete a:

Creer sin reservas mentales las doctrinas básicas de nuestra fe, expresadas en la Declaración de Fe de la Alianza.

Aceptar la comunión de todos aquellos hermanos que sustentan estas mismas doctrinas, cooperando con ellos y sirviendo juntos a nuestro Señor Jesucristo; esta comunión es posible con cuantos son leales a la fe arriba expresada, aun cuando pueda haber diferencias en otros puntos de doctrine o gobierno eclesiástico.

Obedecer los mandamientos de la Escritura y renunciar a toda cooperación con la incredulidad y la apostasía.

Reconocer la complete autonomía de cada grupo, nacional o internacional, que forma parte de la «Asociación Evangélica Mundial».

Dedicar los esfuerzos a programas de mutua ayuda y colaboración en la extensión del Evangelio, la defensa de las libertades cristianas, la renovación de la vida espiritual de las Iglesias, y la consecución de objetivos que nos conciernen a todos como evangélicos.

\*\*\*